

EDITORIAL

EXTRACTO DEL DISCURSO PRONUNCIADO POR EL Dr. J. M. BENGEOA EN LA SESION INAUGURAL DEL IX CON- GRESO INTERNACIONAL DE NUTRICION CELEBRADO EN MEXICO, DEL 3 AL 9 DE SEPTIEMBRE DE 1972

En este 1972, segundo año de un decenio que puede ser decisivo para el porvenir del mundo, tenemos que cumplir un compromiso trascendental que hemos contraído con la humanidad. Hemos venido como peregrinos que buscan la verdad. No la verdad de los problemas —que la conocemos en sus líneas generales— sino la otra verdad, la verdad de las soluciones, la verdad de la justicia, esa verdad que sólo puede encontrarse en la probidad política y en el progreso tecnológico. Y venimos sabiendo que este mundo en que vivimos no podrá resolver sus problemas si los esfuerzos que se realicen en el plano de las comunidades urbanas y rurales y en el orden nacional no van acompañados de una mayor justicia internacional, que reduzca las diferencias entre los países, en lugar de permitir que se agranden como viene sucediendo hasta ahora. Podrá ser imprevisible en sus detalles lo que ha de ocurrir de aquí a 10 ó 20 años, pero es fácil prever que si no se producen cambios profundos en las relaciones de intercambio internacional, el foso que se abrirá entre países ricos y pobres será tan hondo que todos habrán de sufrir las consecuencias.

Es cierto que hay factores geográficos que pueden determinar la capacidad de desarrollo, así como la existencia de cuadros más o menos graves de desnutrición. No hace falta ser un especialista en nutrición para diagnosticar la situación de un área desértica o semidesértica con sequías prolongadas a las que siguen inundaciones cataclísmicas. No se puede explicar por puro azar, ni se puede atribuir solamente a factores socioeconómicos el hecho de que el consumo de proteínas animales sea cinco veces más alto en los países de clima templado que

en los países tropicales, cuando en realidad casi tres cuartas partes del ganado bovino se encuentran en los países en vías de desarrollo. De esas tres cuartas partes de ganado vacuno que pasta en áreas tropicales no se obtiene, sin embargo, más que una quinta parte de la leche y un tercio de la carne que se produce en el mundo.

Cuando uno visita un área deprimida por su geografía y por su clima encuentra, sin buscarlos, niños desnutridos y tristes, adultos fatigados y envejecidos precozmente, perros esqueléticos, ganado hambriento, que corre de un lado para otro en busca de pasto y agua, tierra pedregosa y polvorienta, agrietada por las sequías, es decir, desnutrición y desolación cósmica, global, de todos los elementos vivientes. Para agravar más el problema de estas áreas deprimidas es en ellas donde más se agudiza las inundaciones, ciclones y otros desastres naturales. De 35 países en que se obtuvieron datos —tomo al azar un mes de 1971—, 27 tuvieron graves problemas de suministros de alimentos y de otra índole debido a esos desastres: seis países se enfrentaron con graves inundaciones, 17 países padecieron prolongadas sequías, tres sufrieron los efectos de ciclones y uno arrojó las consecuencias de un grave tifón. Todo ello en un solo mes, y afectando áreas que ya padecen de un estado de depresión crónica.

Sin embargo, estas calamidades —tanto las crónicas como las agudas que se yuxtaponen— no deberían ser objeto de una aceptación fatalista e inexorable. Muchas son previsibles y algunas evitables. Los avances tecnológicos en el campo de la agricultura son considerables y los beneficios que de ellos se deriven dependerán de la medida en que el hombre pueda utilizarlos, en lo que a su vez influirán los precios que se hayan de pagar por fertilizantes, maquinaria y equipo en general, que, casi siempre, han de importar los países técnicamente menos desarrollados. Con el valor de un kilo de arroz se pueden adquirir 780 gramos de sulfato de amonio en el Japón pero solamente 240 gramos en la India. Mientras que en 1954 eran suficientes 14 sacos de café para comprar un "Jeep", en 1966, es decir, 12 años después, se necesitaban 39 sacos de café. Las diferencias se hacen cada vez más dramáticas. El ingreso per-cápita en los países industrializados ha sido durante estos últimos años 12 ó 13 veces mayor que en los países en proceso

de industrialización, y, de mantenerse este ritmo, según Angelopoulos para el año 2000 el ingreso per-cápita en los países desarrollados será 18 veces mayor que en los países en desarrollo.

Por eso los problemas que crea el hombre son la mayor parte de las veces más graves para el proceso de desarrollo que los planteados por la naturaleza.

Es bien evidente que quienes aquí nos encontramos no podremos resolver, en este Congreso, los ingentes problemas socioeconómicos que hoy afligen a la humanidad. Eso queda fuera de nuestro alcance y competencia. Pero sí podremos dar al mundo una visión real de las consecuencias que los desajustes nacionales e internacionales producen, particularmente en relación con el problema nutricional, e indicar las medidas urgentes y a largo plazo que es necesario adoptar.

Es cierto que para el mejoramiento a largo plazo de la alimentación de los pueblos es necesario adoptar medidas generales en favor del desarrollo socioeconómico y aplicar ciertos principios básicos de una mejor justicia internacional. Sin embargo, conviene insistir en que esa realidad innegable no puede servir de pretexto para cruzarnos de brazos y esperar que las cosas se resuelvan por sí mismas. Algunos en el pasado adoptaron esta posición pasiva pensando que los programas directos tendientes a mejorar la nutrición eran simplemente obras de beneficencia y que el desarrollo socioeconómico resolvería el problema. Tres hechos fundamentales han conducido a un cambio de actitud. En primer lugar, las condiciones de vida en los países en desarrollo no mejoran al ritmo necesario para lograr el cambio del estado de nutrición, y las esperanzas para un futuro próximo son limitadas. En segundo lugar, los países que han logrado un aumento razonable del producto nacional bruto no parece que hayan logrado un mejoramiento paralelo en el estado nutricional de sus poblaciones. Y, por último, los avances en los sectores de la agricultura, la tecnología y la salud, han abierto mayores posibilidades a la acción directa en el campo de la nutrición. La reciente Conferencia celebrada en Boston, bajo los auspicios del MIT, con participación masiva de economistas y planificadores y el discurso pronunciado por el Sr. Robert S. McNamara, ante

el Consejo de Gobernadores del Banco Mundial, son ejemplos evidentes de este cambio de actitud.

El progreso logrado en los últimos años en este campo es pues considerable y ya se vislumbra una nueva etapa —más compleja y de mayor responsabilidad— para los especialistas en nutrición. Los economistas y planificadores nos están obligando a examinar de nuevo muchos de nuestros programas y a activar nuestra imaginación.

El impresionante descenso de la mortalidad —especialmente de la mortalidad en menores de cinco años— que se observa en los países en desarrollo en los últimos años ha despertado en ciertos círculos un optimismo exagerado. Ese descenso es cierto y representa indiscutiblemente un gran adelanto, ya que el salvar a los niños de la muerte es nuestra gran prioridad. Cada día se salvan más niños y cada día son más los supervivientes que permanecen en aldeas y ciudades como testigos de una dramática aventura pasada en los primeros años de la vida. Son niños que se vienen salvando por la acción sanitaria directa, por la existencia en el mercado de nuevos medicamentos, como los antibióticos, y por una mejor asistencia médica. Pero esa reducción de la mortalidad no se debe realmente al mejoramiento del nivel de vida. En cambio, el descenso de mortalidad que se produjo 50 ó 100 años atrás, en los países hoy desarrollados, se debió en gran medida al mejoramiento de las condiciones de vida, principalmente al del estado de nutrición. Inglaterra necesitó un siglo para disminuir en un 50% su índice de mortalidad. Ceilán lo ha hecho en 8 años (Dumont y Rosier).

En muchos países en desarrollo, vencen el riesgo de la muerte no solamente aquellos niños que hubieran sido igualmente capaces de vencerlo hace 20 ó 30 años, sino también muchos de los que, años antes, hubieran sucumbido inexorablemente. Son niños que van saliendo del paso debido a los nuevos adelantos médicos, pero no debido a una mejora substancial del nivel de vida.

Esto explica que si bien han mejorado ostensiblemente los índices de mortalidad en los países en desarrollo, se ven aún muchos casos de niños desnutridos o con manifestaciones evidentes de haber estado desnutridos. Son esos niños de seis o

siete años de edad que comienzan la escuela, y que, por su retraso físico, parece que no tengan más allá de cuatro años. Estos niños —y aquí está la tragedia— no son comparables por su conducta, ni por su psicología, ni por su capacidad de aprender, a los otros niños de seis o siete años. Sin embargo, tampoco son comparables a los niños de cuatro años. Son seres distintos, con sus propias características biológicas y de conducta, y una organización intersensorial difícil de encuadrar estrictamente en una edad cronológica. Las publicaciones científicas recientes vienen utilizando términos que, analizados con una sensibilidad social, son agobiantes. Se dice, por ejemplo, que la desnutrición, asociada por lo general a infecciones repetidas durante los primeros años de vida... distorsiona la simetría del cuerpo; produce en el niño perversión del desarrollo; causa un desarrollo inarmónico; crea un niño desproporcionado; determina un crecimiento desequilibrado; puede ser la causa de una falta de armonía psicosocial y de un desajuste en el aprendizaje, etc., etc., Ya no se habla de simple retraso, que de por sí puede ser importante, sino de distorsión, perversión, desproporción, desequilibrio, desarmonía, desajuste, etc., y esto es mucho más grave que un simple retraso.

No hay razones claras que expliquen por qué en los países en vías de desarrollo solamente el 10 ó el 20% de los niños inscritos en el primer grado terminan su educación primaria. Hay evidentemente factores pedagógicos y sociales, como la escasez de escuelas y de maestros, pero uno no se explica por que no se señalan también factores que están en relación con el desarrollo biológico del niño. La mayor parte de los fracasos escolares ocurren en el primero y segundo cursos, cuando se inicia el proceso del aprendizaje, y esto no debe ser pura casualidad. Un informe de la UNESCO señalaba que los niños de Paquistán no volvían a la escuela porque “no querían repetir la dramática experiencia del primer año pasado en la escuela”.

También es poco lo que sabemos de las consecuencias que tiene la desnutrición sobre el rendimiento en el trabajo o la productividad. Simplificando las cosas se podría decir que una población que realiza un tipo de trabajo que exige un gasto energético superior al que le permiten los alimentos que consume no tiene sino dos alternativas: o consumir sus pro-

pias reservas, hasta alcanzar estados severos de malnutrición, o compensar la escasa ingesta calórica con una disminución de la actividad física. La realidad es que en las poblaciones de la mayor parte de los países en desarrollo, ambas compensaciones actúan simultáneamente y el resultado es una población sumamente desnutrida y una significativa disminución del rendimiento en el trabajo.

Si no se operan cambios profundos durante la presente década no es difícil pronosticar lo que les espera a las próximas generaciones. Muy probablemente la mortalidad general y la mortalidad de los niños continuará descendiendo en los próximos años, aunque tal vez a un ritmo no tan rápido como en las décadas anteriores. La acción sanitaria es muy eficaz para hacer descender los índices de mortalidad elevados, pero no es suficiente para hacer descender la mortalidad por debajo de un cierto nivel, pues, para ello, se necesita mejorar substancialmente el nivel de vida. También puede preverse una notable disminución de los casos graves de desnutrición y de los síndromes carenciales específicos, salvo en caso de desastres naturales o sociales. Sin embargo, continuará probablemente el problema de la desnutrición en sus formas menos graves, con sus consecuencias inexorables sobre la escolaridad, el rendimiento en el trabajo, y la insatisfacción social. La desnutrición será cada vez menos un problema médico y cada vez más un problema social.

Es en cierto modo simbólico que este IX Congreso Internacional de Nutrición se celebre en América Latina, región del mundo que paradójicamente ha contribuido a lo largo de su historia a aliviar los problemas del hambre en otros continentes, sin dar solución a su propio problema. En tanto que el maíz, las papas y la yuca invaden los continentes europeo y africano a lo largo de cuatro siglos de historia, y salvan del hambre a contingentes mayoritarios de otros continentes, de los alimentos traídos de Europa a la América Latina, como el trigo, los huevos, la leche, etc., sólo pueden disfrutar una minoría privilegiada. América Latina ha dado alimentos para una mayoría y ha recibido alimentos para una minoría. Ese signo paradójico de la historia se repite en nuestros días, pero es posible que de este Congreso que se celebra en América Latina salgan para los sectores mayoritarios de los países en desarrollo las fórmulas que satisfagan y colmen su hambre de pan y de justicia.